

Cultura y tradición: ¿conceptos trasnochados o de vanguardia?

UNA GENERACIÓN HA RENUNCIADO A TRANSMITIR A LA SIGUIENTE LA CULTURA, LA HERENCIA CONSTITUIDA POR LA EXPERIENCIA HUMANA INMEMORIAL. LA CAUSA ES QUE SE CONCIBE LA CULTURA COMO UN ROBO DE LIBERTAD.

MARÍA DOLORES CONESA-LAREO

LA RENUNCIA A TRANSMITIR LA HERENCIA CULTURAL

Para adentrarnos en este tema merece la pena detenerse un momento en analizar un fenómeno relativamente reciente que es el impresionante éxito de un joven filósofo francés, me refiero a François-Xavier Bellamy, que es el creador de Les Soirées de la Philo. Se trata de unas conferencias mensuales en un teatro literalmente abarrotado por entusiastas oyentes –muchos de ellos muy jóvenes– que pagan por oír hablar de filosofía, especialmente de las grandes cuestiones antropológicas como son la búsqueda del sentido de la vida, el significado del dolor, cómo encontrar la felicidad, quién soy yo, y un largo etc.

Uno no puede dejar de preguntarse cuál es la clave de este éxito tan sorprendente. Creo que la respuesta está en que Bellamy tiene un mensaje de fondo que ha tocado una de las grandes fisuras de la sociedad contemporánea y que tiene mucho que ver con la educación. Su mensaje es el siguiente: en la sociedad

|||||||||||||||||
Educamos a los jóvenes en el respeto, la tolerancia, la ciudadanía, pero sin incluir ideas, creencias o identidades



occidental se ha producido un fenómeno único en la historia, una ruptura inédita: una generación ha renunciado a transmitir a la siguiente aquello que tenía para darle, el conjunto del saber, lo que llamamos cultura, la herencia constituida por la experiencia humana inmemorial.

¿Cómo ha ocurrido esto? Esto ha ocurrido porque la cultura se ve como alienación, como un robo de libertad, algo que impide al joven ser él mismo, que él solo lleve a elaborar su propia visión del

mundo, su conjunto de valores y su jerarquía.

Por supuesto que desde todos los estamentos nos instan a educar, pero formalmente, sin transmitir contenidos. Educamos a los jóvenes en el respeto, la tolerancia, la ciudadanía, pero sin incluir ideas, creencias o identidades; sin explicarles claramente ¿qué es esto? ¿Cuáles son sus límites? ¿Qué cualidad moral tiene? Eso no se puede tocar, porque se considera una imposición arbitraria de la propia visión del mundo. De este modo

no se ve la profunda contradicción que existe, por ejemplo, en educar en la tolerancia sin explicar el contenido que en justicia se le puede dar a la tolerancia, porque para que haya tolerancia hay cosas que no se pueden tolerar, ya que son intolerables, ellas en sí mismas. La tolerancia universal es la máxima intolerancia, es decir, tolerarlo todo es admitir la injusticia y eso es a todas luces intolerable.

Se pretende que, con esas ideas formales, vacías, cada uno responsablemente saque su cuadro de valores, tome sus decisiones morales y oriente su vida y su destino. Que los padres transmitan su modo de ver el mundo se ha convertido en algo muy problemático. La tradición es una palabra cargada de significado peyorativo y molesto, se ve como algo oscuro, irracional y superado.

Pero una educación que prioriza el procedimiento, que se conforma con lo formal y reduce la transmisión de contenidos éticos y antropológicos trae como consecuencia un empobrecimiento de la comunicación. En efecto, en la actualidad la juventud no tiene modos de expresión ricos en lo que se refiere a lenguaje cultural, y emplea una expresión que necesita pocas palabras: la violencia. De hecho, se ha multiplicado la violencia gratuita, por diversión: acoso escolar, vandalismo callejero, violencia sexual, etc.

Este es en síntesis el planteamiento de Bellamy, quien concluye que esta renuncia a transmitir la herencia cultural recibida no es algo surgido de modo casual, más bien se ha ido gestando desde hace siglos en la filosofía occidental. Hay algunos hitos en este recorrido como son Descartes y Rousseau cuyas ideas, junto con otros muchos factores, han ido fraguando poco a



poco este panorama hasta llegar a la postmodernidad donde explota con toda su virulencia. Esta es la situación en la que nos encontramos hoy.

ESCEPTICISMO Y CRISIS DE AUTORIDAD

Ciertamente la postmodernidad está perfilada por más rasgos, pero hay dos que me gustaría destacar porque confluyen en este asunto que venimos tratando. Estos rasgos son: la crisis de la autoridad y un fuerte escepticismo. Ambos tienen una implicación directa en la tarea educativa y han aportado más fuerza si cabe a la renuncia a transmitir la cultura. En esta línea del escepticismo y cuestiones afines, resulta muy iluminador el análisis que ya en 1941 hiciera Robert Maynard Hutchins sobre los problemas de la educación superior, que sorprendentemente resultan de rabiosa actualidad. Hutchins comienza recordando algo clásico, pero que se olvida con cierta periodicidad

.....
La crisis de autoridad y el fuerte escepticismo tienen implicación directa en la tarea educativa y en la renuncia a transmitir la cultura

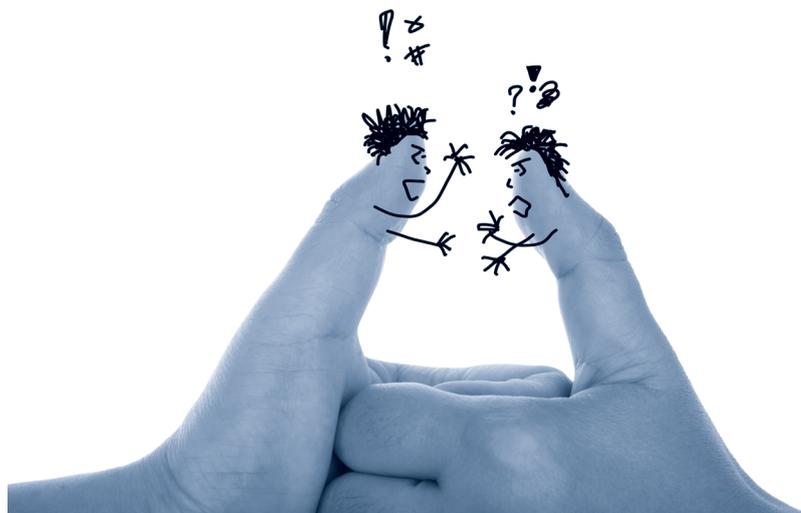
y es que los fines de la educación son la sabiduría y la bondad, porque son los fines de la vida humana. No se trata simplemente de alcanzarlos para uno mismo, sino de procurar con ellos la mejora social, desde la convicción de que la vida humana plena es apertura y por tanto incluye esencialmente la dimensión social. Y el caso es que tenemos serias dificultades para conseguir estos fines y lograr con ellos el verdadero avance social porque, en opinión de Hutchins, se está promoviendo el culto a cuatro actitudes que dificultan seriamente la verdadera educación. Se trata del culto al escepticismo, el presentismo, científicismo y el anti-intelectualismo que, lejos de haber disminuido su fuerza en el siglo XXI, campan por sus respetos con inusitado descaro a través del panóptico digital mundial, utilizando la famosa expresión de Han para referirse a la Web.

Si el escepticismo consiste fundamentalmente en considerar dogmático a todo aquel que

—al margen de la ciencia natural— cree conocer la verdad sobre alguna realidad y, basándose en ese conocimiento, piensa que no todo da igual; el presentismo se refiere a aquellos que solo consideran conocimiento válido aquel que ellos mismos pueden conseguir de manera inmediata sin mediación de nadie y menos del pasado que no puede aportar nada para el progreso social. Ambos son perfectamente compatibles porque ese conocimiento inmediato no se considera verdadero universalmente sino útil aquí y ahora para conseguir mis actuales objetivos.

Estas dos actitudes suelen coincidir en una disposición a considerar que solo es verdadero el conocimiento de la ciencia natural, entendiendo por verdadero algo que es provisional y revisable porque está en un movimiento de continuo progreso. Este culto a la ciencia o científicismo —que curiosamente profesan pocos científicos y muchos teóricos de la ciencia— remata la reducción del concepto de verdad, poniendo en la ciencia natural la última esperanza para contestar a la pregunta por el sentido de la vida humana. Una esperanza que se queda incumplida, porque la ciencia natural con todos sus logros innegables y necesarios, y con todo el aumento de conocimiento y progreso que ha supuesto para la mejora de la vida humana, no puede, sin embargo, contestar cuál es el sentido y la misión de esa realidad —la vida humana— a cuyo bienestar tanto ha contribuido.

Por último, todo lo anterior suele venir acompañado de una postura anti-intelectualista. En ella convergen los escépticos, presentistas y científicistas, porque todos ellos coinciden en desconfiar de la razón. Esto significa que se renuncia



a justificar racionalmente qué es el bien o el mal en la vida humana, eso sería un inaceptable absolutismo dogmático; pero entonces queda como único recurso la justificación sentimental. Se trata de sentirse bien con lo que uno piensa y hace como única orientación para el discurrir de la propia vida. Muchas veces ese sentirse bien está cargado de buenos deseos y empresas altruistas, pero no por ello deja de ser una actitud muy peligrosa para la vida social, tanto más cuanto que es difícil detectarlo. Y es que el recurso al sentimentalismo propiamente no supedita la razón a los buenos sentimientos, sino a la voluntad. El sentimental no sabe “por qué quiere lo que quiere, pero sabe que lo quiere”, nos dice Hutchins y, como tiene buena voluntad, se considera con derecho a tener lo que quiere. Y, si alguien se lo dificulta, es ese otro quien tiene mala voluntad, no él. La hegemonía concedida a la voluntad desde el sentimentalismo impide que la razón pueda argumentar si eso que quiere la voluntad es bueno o malo; así, el anti-intelectualismo que aquí se encuentra agazapado termina sirviendo en bandeja la ley del más fuerte como paradigma de relación social. La peligrosidad de esta actitud se puede comprobar de manera sencilla echando un vistazo a la historia humana, donde

se ha puesto reiteradamente de manifiesto.

Creo que este breve recorrido por los cuatro problemas radicales que Hutchins encontraba en la educación superior de su tiempo —y que son extrapolables a todos los niveles educativos—, explican la crisis de autoridad y la desconfianza que la tradición inspira hoy en día.

No hay más autoridad que la ciencia y los avances que ella pueda entregarnos, respecto de los cuales no somos interlocutores válidos para discriminar cuáles hacen este mundo más humano y cuáles no. Por ejemplo, si en un futuro, bastante cercano, por cierto, algún estado considerara necesario implantar un microchip en los cerebros de todos sus ciudadanos para evitar el crimen o la violencia, resultaría muy difícil —casi imposible— oponerse a ello desde una argumentación racional con nociones tales como dignidad humana, respeto a la interioridad, inviolabilidad de la intimidad y libertad, etc. Todas ellas nociones acuñadas a lo largo de la historia por la conversación multisecular que las sucesivas generaciones han mantenido entre ellas para recoger y transmitir el pensamiento que cada generación se encarga de engrosar meditando sobre aquello que ha recibido. A este patrimonio, en gran medida intangible, le

.....

Si se renuncia a justificar racionalmente qué es el bien o el mal en la vida humana queda como único recurso la justificación sentimental: el sentirse bien con lo que uno hace y piensa

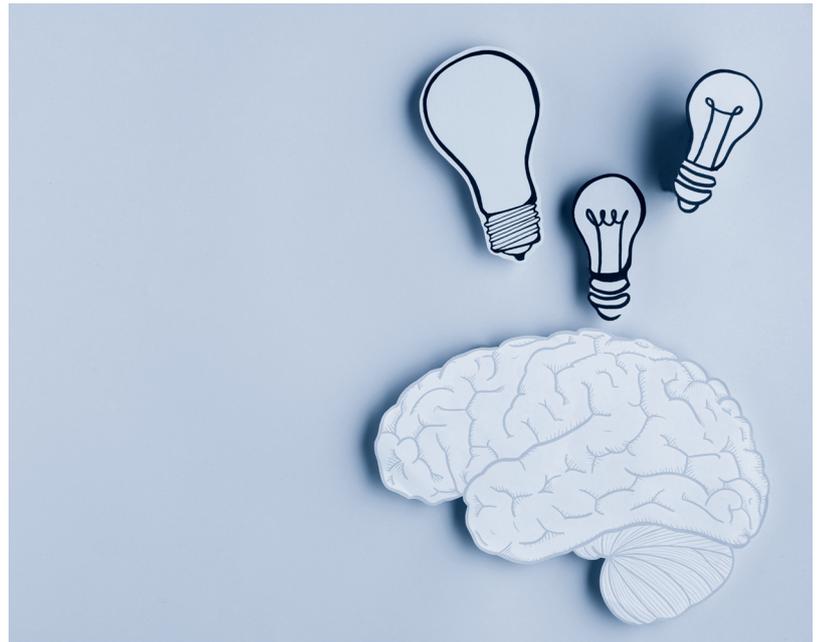
—————

|||||

**La educación
deja de
enseñar el
significado de
la sabiduría
y del bien,
porque no
se siente
capacitada
para hacerlo**

llamamos cultura. La llamada de atención de Bellamy, que comentábamos más arriba, nos viene a decir que en el momento presente se considera de dudosa legitimidad transmitir ese patrimonio, porque no es seguro que sea verdadero de manera universal y sin fisuras; y, por tanto, entregarlo –lo que se entiende por tradición– a las nuevas generaciones puede ser un fiasco. En definitiva, la cultura y la tradición no tienen autoridad por descrédito.

Pero esto afecta a la educación, que deja de enseñar el significado de la sabiduría y del bien, los fines de la educación según Hutchins, porque no se encuentra capacitada para hacerlo. Ciertamente la educación está llena de palabras resonantes de bondad y buenas intenciones, empleando todos los neologismos que lo políticamente correcto ha introducido en un esfuerzo de auto-justificación, pero palabras al fin que se quedan huecas, porque muy pocos se atreven a decir, por ejemplo, que hay actos libres que son mejores que otros e incluso algunos que son malos en sí mismos y no deben ser elegidos nunca. La educación así ejercida viene a transmitir la importancia del bien y del conocimiento verdadero, pero el contenido de eso que llamamos ‘bien’ y ‘verdad’ tendrá que ponerlo cada uno según su recto entender, es más, basta que alguien lo haya elegido libremente para que sea considerado correcto. Si esto ya fue en su día un gran desafío para Sócrates o Platón, quienes concurrieron a esa tarea de responder qué es el verdadero bien humano, creo que todos entendemos que esa tarea se hace hercúlea por imposible para cualquier adolescente contemporáneo –y de todos los tiempos– abandonado a su suerte para resolver solo



tamaño faena. Cuando esto ocurre despojamos a las jóvenes generaciones de la mejor defensa que la humanidad tiene para preservar la humanidad: el pensamiento.

**¿A QUÉ LLAMAMOS PROPIAMENTE
CULTURA Y TRADICIÓN?**

Ahora bien, cuando se renuncia a transmitir la cultura ¿se está considerando la cultura multiseccular –patrimonio de la humanidad–, o una burda caricatura de ella? A mi modo de ver, detrás de esa renuncia hay una comprensión insuficiente de lo que es la cultura en sí, pero también de cuál es el proceso por el que se adquiere y su vinculación con el perfeccionamiento humano.

Para responder a la primera cuestión conviene considerar que la cultura tiene dos dimensiones, una objetiva y otra subjetiva. La primera alude a los saberes y sus productos, es decir, a la acumulación de conocimientos y los bienes que con ellos se pueden conseguir, desde las máquinas fabricadas por la técnica más sofisticada hasta las

obras de arte más exquisitas. La dimensión subjetiva, sin embargo, se refiere a la capacidad que tiene la cultura para transformar al ser humano, para hacer de él una persona culta que es lo mismo que cultivada. Aquí reside el tremendo poder de la cultura y la razón más profunda para no querer transmitirla, porque se teme que avasalle la libertad individual, que es el reducto infranqueable del yo postmoderno.

Este temor no cae en la cuenta de que la única manera de transmitir verdaderamente la cultura es transmitir las dos dimensiones (objetiva y subjetiva) y eso requiere ineludiblemente del concurso de la libertad de aquel que va a ser cultivado. La tierra puede ser cultivada sin su consentimiento, pero un ser libre no. Efectivamente, adquirir la cultura significa ser introducido por medio de la educación en la conversación intergeneracional que se viene manteniendo desde que hay seres humanos sobre la tierra. Implica volver a escuchar las preguntas

|||||

La herencia cultural no coarta la libertad; es una llamada a ejercerla, porque el conocimiento es una de las condiciones imprescindibles para crecer en libertad

■■■■■

recurrentes que todas las generaciones se hacen, tales como ¿quién soy yo?, ¿para qué estoy aquí?, ¿por qué hay aquí otros como yo?, ¿qué sentido tiene el sufrimiento y la muerte? Y un largo etc. Podemos escuchar sus preguntas a través de la historia, la poesía, la pintura, la música y, por supuesto, a través de la filosofía. Pero estas preguntas no dejan indiferente, aunque no se encuentre la respuesta, el hecho de formularlas indica una actitud de búsqueda que va incidiendo en la persona, que la va cambiando. De ahí que la dimensión objetiva de la cultura implique un aspecto reflexivo-transformativo al que llamamos dimensión subjetiva. Pues bien, conviene que no pasemos por alto que este segundo momento requiere del acto de pensar, que es un acto por excelencia libre. De modo que, lejos de coartar la libertad recibir la herencia cultural, es una llamada constante a ejercerla y no solo eso, es una incitación a moverse cada vez con más libertad por el mundo humano, porque el conocimiento es una de las condiciones imprescindibles para crecer en libertad. Por tanto, recibir la herencia cultural no avasalla la libertad, al revés, nos inviste de libertad. Pues bien, como sugería un poco más arriba, este proceso –netamente reflexivo– por el que se adquiere la cultura está vinculado

con el perfeccionamiento humano lo que a su vez constituye el fin de la educación. No en vano perfeccionar la humanidad es cumplir acabadamente aquello que nos hace humanos: nuestra capacidad de conocer, nuestra capacidad de actuar libremente. Para llevar a plenitud esas capacidades necesitaré en primer lugar conocer la verdad –ya que el conocimiento del error nos es aumento de conocimiento– y, en segundo lugar, hacer libremente aquello que es bueno –ya que hacer libremente el mal no me hace mejor persona–. Por tanto, el perfeccionamiento de lo humano implica conocer la verdad y hacer bien; precisamente ambas cosas –sabiduría y bondad– son los fines de la educación y son también los temas que subyacen permanentemente en esa conversación hecha de preguntas y respuestas sobre el ser humano –que se transmite de generación en generación– a la que llamamos cultura, y a la que accedemos a través del conocimiento de sus productos. Unos productos que nos son entregados (*traditio*, tradición) por aquellos que nos han precedido y que los transmiten porque nos consideran dignos interlocutores de esa conversación: capaces de entenderla, capaces de pensar a partir de ella, capaces de aportar nuevas formulaciones de esas mismas preguntas

en diálogo con el mundo contemporáneo y nuevas respuestas desde los desafíos actuales; capaces, en fin, de vivir buscando libremente una plenitud humana para cada uno y para toda la sociedad. Transmitir, recibir, asimilar, reflexionar y aportar a su vez a la cultura es un ejercicio imponente de libertad. Por eso los que quieren controlar un pueblo son enemigos acérrimos de la cultura porque una sociedad de personas cultas es absolutamente incontrolable. La herencia cultural, al ser recibida, propicia el despertar del espíritu humano. Hay un juego dialógico que es la vida misma del espíritu y se despliega en los siguientes pasos: recepción-síntesis-fecundidad-trasmisión. Una sociedad de personas cultas no es arrastrada por la historia, ella hace avanzar la historia y en esta avanzadilla o vanguardia la tradición cultural tiene un papel primordial. Para comprender todo esto hay que superar prejuicios y estereotipos impuestos, pero sobre todo sacudirse de encima complejos para atreverse a pensar por cuenta propia y atreverse a transmitir este atrevimiento a las jóvenes generaciones. Es este un acto de valentía educativa urgente, por cuya omisión seremos juzgados por las generaciones venideras si no lo revertimos a tiempo ●

|||||

Para saber más: Bellamy, François Xavier (2014), *Les déshérités, ou. L'urgence de transmettre*, Paris, pp.14-18 |||| Han, Byong-Chul (2013), *La sociedad de la transparencia*, Herder, Barcelona, p. 89 |||| Hutchins, Robert Mainard (1943), *Education For Freedom*, Louisiana State University, Louisiana, pp. 30-36. Recoge su famosa conferencia pronunciada en 1941 en la Louisiana State University, bajo el título “Los fines de la educación” |||| Lorda, Juan Luis (2011), *Los bienes invisibles*, Rialp, Madrid, p. 17 |||| Polo, Leonardo (2006), *Ayudar a crecer*, Eunsa, Pamplona, p. 130.

|||||

FOTO: Página 30: Foto conferencia François-Xavier Bellamy de su web oficial <https://www.philia-asso.fr/>

|||||

Fe de erratas:

Debido a un error de maquetación, se eliminaron en este artículo las citas dentro del texto y una de las referencias bibliográficas finales. Se ofrecen a continuación las referencias completas de las publicaciones citadas y el lugar donde se ubican las citas dentro del texto:

Página 30: “la herencia constituida por la experiencia humana inmemorial”¹.

Página 31: “y la bondad porque son los fines de la vida humana”².

Página 31: “del *panóptico digital mundial*, utilizando la famosa expresión de Han para referirse a la Web”³.

Página 32: “la ley del más fuerte como paradigma de relación social”⁴.

Página 33: “la cultura tiene dos dimensiones una objetiva y otra subjetiva”⁵.

Página 33: “para hacer de él una persona culta que es lo mismo que cultivada”⁶.

Página 34: “atreverse a pensar por cuenta propia”⁷.

¹ Cfr. François-Xavier Bellamy, *Les déshérités, ou, L'urgence de transmettre*, Paris, Plon 2014, pp. 14-18.

² Cfr. Robert M. Hutchins, *Education for freedom*, Louisiana, Louisiana State University Press 1943, pp. 23-24. Este libro recoge la famosa conferencia pronunciada en 1941 en Louisiana State University bajo el título *Los fines de la educación*.

³ Cfr. Byung-Chul Han, *La sociedad de la transparencia*, Barcelona, Herder 2013, p. 89.

⁴ Cfr. Hutchins, *op.cit.*, pp. 30-36.

⁵ Cfr. Juan Luis Lorda, *Humanismo. Los bienes invisibles*, 3ª ed., Madrid, Rialp 2011, p. 17.

⁶ Cfr. Leonardo Polo, *Ayudar a crecer*, Pamplona, EUNSA 2006, p. 130.

⁷ Cfr. Jutta Burggraf, “Cada hombre es un filósofo”, en *La transmisión de la fe en la sociedad postmoderna y otros escritos*, Pamplona, EUNSA 2015, pp. 17 y 40.